

Escritos en recuerdo del Profesor Emilio Roger Ciurana

EDGAR MORIN

Filósofo y sociólogo

J'avais une grande amitié et une grande admiration pour Emilio Roger, un grand philosophe de la pensée complexe dont il fut un des plus éminents représentants en Espagne, et qui a fait œuvre originale et capitale dans l'épistémologie de la complexité

Je salue sa mémoire et garde en moi avec grande émotion le souvenir de sa si riche et humaine personnalité

"Tenía una gran amistad y [siento] una gran admiración por Emilio Roger, un gran filósofo del pensamiento complejo, del que fue uno de sus más eminentes representantes en España, y que hizo un trabajo original y capital en [el campo de] la epistemología de la complejidad. Honro su memoria y guardo con gran emoción el recuerdo de su personalidad, tan

rica y humana." (Traducción de Adrián Pradier,
Profesor de Estética, Dpto. de Filosofía, UVa)

PEDRO
GONZÁLEZ
ARROYO-ESPAÑA

Profesor de Antropología

Me es muy difícil escribir unas palabras de homenaje público a mi amigo y compañero Emilio. Sin ánimo de ofender al resto de mis compañeros, he de reconocer que Emilio fue mi único amigo sincero de todos mis compañeros y con quien mantuve una relación más estrecha a lo largo de estos treinta y dos años desde que nos conocimos. A pesar de nuestras diferencias de carácter, nuestra amistad se consolidó y esto fue más debido a él que a mí ya que siempre mostró su interés por mi persona en múltiples ocasiones y, sobretodo, una fe en mí valía que era mayor que la que yo tenía de mí mismo. Una enorme deuda y agradecimiento tendré siempre hacia él.

Puede parecer exagerado pero si alguna vez he sido un buen profesor ha sido gracias a Emilio. Al principio nuestra coincidencia en la materia de Antropología y las ciencias sociales nos llevó a conversar sobre temas comunes que sin duda amplió mi conocimiento y a su vez me recomendó libros y autores que luego han sido muy importantes en mi docencia. Pero quizás lo más importante fue cuando organizó las jornadas de Filosofía sobre Globalización y me propuso participar. No me sentía capaz de codearme con los demás invitados, entre ellos Edgar Morin, pero la ausencia a última hora de uno de los ponentes le llevó a proponérmelo de nuevo. Gracias a su ánimo acepté y luego me instó para publicar mi conferencia en una revista internacional. Desde entonces ese ha sido uno de mis temas de estudio y un tema fundamental de mi enseñanza. Gracias Emilio.

En esa misma época me habían ofrecido dar un curso para la Universidad de la Experiencia sobre Historia de las Religiones en Palencia. No me sentía capaz de dar ese curso porque había algunas religiones que no conocía bien: no acepté. Al año siguiente Emilio me dijo que la diera para la Universidad de la Experiencia de Valladolid. Le expliqué que ya me lo habían pedido los de Palencia y que había dicho que no. Emilio me dijo que me había recomendado y que

sabía que lo haría mejor que bien (cosas de Emilio). De nuevo su ánimo pudo sobre mis temores. He dado ese curso desde entonces en Guardo, Palencia, Valladolid, Arévalo y para los alumnos de la Millán Santos. También para los del Grado en Filosofía. Gracias Emilio.

No siempre fueron todo loas, su sinceridad y honradez me sirvió también para reflexionar sobre muchas cuestiones. También las críticas te enseñan mucho y quizás por ello he tenido esa confianza en sus ánimos. Fue conmigo un maestro además de amigo, que más se puede pedir. Debo mucho a mis compañeros de departamento pues muchos de ellos me enseñaron conocimientos y valores que hoy creo componen mi persona (también a algunos alumnos he de decir), pero por encima de todos ellos creo que con Emilio tengo una deuda y un agradecimiento especial. Gracias Emilio. Siempre en mi corazón

ALFREDO
MARCOS

Profesor de Filosofía de la
Ciencia (Uva)

Para Emilio Roger Ciurana, *in memoriam*

Siempre se nos queda la gratitud entre las manos, las gracias como sin dar. Y yo tenía pendientes muy diversas cuentas de agradecimiento para con Emilio. Antes que nada por su mediterránea hospitalidad. Fue una de las primeras personas que me abrió su puerta cuando caí por Valladolid, y su mesa, y su conversación; con llaneza. Su casa de novelas leídas y añorados naranjos. También estaban la música y una cierta filosofía. Por todo ello, Emilio, gracias. Compartimos durante años que fueron décadas pared medianera entre despachos. Siempre se filtraba suave a través de la misma una elevada música, la misma que todos podíamos recoger al tránsito por la puerta de su sala de cavilaciones. Fue maestro asimismo en filosofías de complejidad y de sospecha, para mí horizontes inopinados antes de frecuentar su charla. Y alguna vez, además y como de paso, nos evocó a Berlanga, quien en su día se dijo mediterráneo, barroco y pirotécnico. Pues eso. Gracias, Emilio, ya siempre.

A. Marcos

Un día me senté con Emilio para hablar del enfoque de mi tesis doctoral, de la cual Emilio era director. La tesis recopilaría nociones de la Escuela de Frankfurt para defender una idea: que el ser humano es libre en su hacer y en su proceder. Esta sería su cita introductoria: “El hombre es el ser que siempre decide lo que es. Es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo es el ser que ha entrado en ellas con paso firme musitando una oración” (V. Frankl, *El hombre en busca de sentido*).

Tras una larga batida de ideas, autores y corrientes con los que poder defender la idea, Emilio y yo nos dimos cuenta de que teníamos pensamientos antagónicos. Él me acusaba de ser demasiado ingenua, debido a mi corto tiempo de vida, por creer que hay esperanza para un cambio en la humanidad. Y añadía: el capitalismo ha ganado, el ser humano no levantará cabeza. Yo le decía que si cada uno actuábamos desde nuestra posición, el progreso de la humanidad era posible. Él me decía que, por su parte, quería luchar lo menos posible, porque demasiado había luchado ya. Yo le decía que por actitudes como la suya la cosa no avanzaba. Él me decía que yo estaba aún ilusionada con los autores que prometían liberación, pero que con los años me daría cuenta de la victoria de la banalidad.

Tiempo después, tuvimos otra conversación en relación con la tesis; esta vez, giraba en torno a la

Belleza. Yo le decía que eran bellas tanto las construcciones humanas como las construcciones de la naturaleza. Él me decía que solo era bello lo que había creado el ser humano. Yo le preguntaba si acaso no le parecía bella una puesta de sol. Él me decía que le parecía enternecedora, pero que no le sobrecogía. Que la puesta de sol no le hablaba. Que el sol no se comunicaba, que se comunican los hombres. Y que estos se comunican de manera atemporal, a través de la cultura.

En una última ocasión charlamos sobre política. Yo le decía que las conquistas logradas en los últimos años eran muy ilusionantes. Él me decía que, en realidad, todo seguía como siempre. Yo le pregunté si no creía que los derechos conseguidos en los últimos tiempos suponían un progreso. Él me contestó que la política es la herramienta del ser humano para ser como decide, que la democracia y los avances tecnológicos deberían haber erradicado la miseria hace mucho tiempo y que en cambio el sistema de clases estaba, si cabe, más arraigado que nunca. Y añadía: el capitalismo ha ganado y sus perpetradores son los hombres.

Tardé mucho tiempo en conseguir interpretar el pensamiento de Emilio. Tardé mucho tiempo en lograr entender que su decepción con el ser humano era un exceso de antropocentrismo, un exceso de confianza en la capacidad del ser humano de decidir su propio futuro, un exceso de ilusión por las posibilidades de su autorrealización. Tardé mucho tiempo en entender que estaba hablando con la persona más filántropa que jamás haya conocido.

El cuerpo muere, pero la persona *fallece*. La muerte del cuerpo se puede explicar perfectamente en términos físicos, fisiológicos, según el principio de la entropía. Sin embargo, el fallecimiento de la persona es una realidad que escapa de lo natural determinado, de acuerdo con la distinción clásica entre Naturaleza y Cultura. Sin ánimo de abrir tan polémico melón, diré que el fallecimiento de la persona es una realidad antropológica, moral. La persona muere cuando se borra, o no se crea, o se desprestigia su recuerdo. Ya lo dijo Unamuno: que la persona del zapatero siga viva depende del recuerdo que de él conserven, gracias al resultado de su producción *poiética*, sus clientes, vecinos y amigos.

En virtud de lo anterior, entiéndase estas palabras como una pequeña contribución a la construcción del recuerdo de la persona de Emilio Roger, quien fuera mi tutor de Máster y Doctorado. Más allá de esta relación académica o *academicista*, Emilio fue también, en ocasiones, mi amigo y confidente; pienso mientras escribo estas líneas en las conversaciones mantenidas durante los viajes de ida y vuelta de Valladolid a Salamanca en el ya lejano año de 2017...

Otros antes y mejor que yo defendieron como grandes virtudes morales la firmeza y la generosidad

(Platón, el estoicismo, Spinoza, Hobbes, o más recientemente el filósofo riojano Gustavo Bueno). La tesis que planteo en este breve escrito es que la persona de Emilio Roger, cuyo recuerdo trato de construir y proteger, representó ejemplarmente ambas virtudes (estamos tan faltos de buenos ejemplos de comportamiento moral hoy día...).

Pienso que todo aquel y toda aquella que haya compartido con Emilio las vivencias y experiencias personales que yo tuve la suerte de compartir estará de acuerdo conmigo. Es más, me parece para nada irrelevante el hecho de que, desde su fallecimiento, muchas personas con las que he hablado del tema me han confirmado que, a pesar de no haber tenido con Emilio un trato muy cercano, en muchas ocasiones puramente epistolar, han sabido y querido glosar ese mismo virtuosismo que hoy defiendo (excusado es señalar que cabe la posibilidad, a mi juicio mínima, pero real, de que mis interlocutores estuviesen haciendo ejercicio de «mala fe»).

«Firmeza» es la virtud moral centrada en el cuerpo individual de la propia persona; es el deseo de perseverancia en el propio ser, de conservación de la vida, que diría Hobbes, o el *conatus* del que hablara Spinoza. Es el impulso, deseo, convicción o valor que propicia actitudes, conductas, acciones y comportamientos tendentes a garantizar la supervivencia del yo. Amerita citar nuevamente a Miguel de Unamuno, a cuyo juicio la verdadera pregunta que se halla a la base de toda manifestación religiosa es ¿cómo seguir siendo yo una vez muera?, ¿cómo alcanzar la inmortalidad (perpetuación del deseo de supervivencia)?

La sabiduría popular ha acuñado fórmulas y expresiones eficacísimas para explicar esta idea *académica* de la firmeza, partiendo precisamente de fuentes *escolares*: es firme o actúa con firmeza quien «vive estoicamente» o quien «muere con las botas puestas». Es decir, quien reconoce imperturbable pero no desesperado que existen ciertas realidades contra las que nada podemos hacer («asuntos indiferentes», en el pensamiento moral estoico). Quien no se rinde. Quien lucha porque reconoce que siempre hay algo por lo que luchar: la propia vida.

«Generosidad» es la contrapartida sociológica o intersubjetiva de la firmeza. Lo mismo que la firmeza es deseo de supervivencia del ser propio (que hay que interpretar, y esto me parece importante, desde una perspectiva materialista: el ser propio no es otra cosa que la individualidad corpórea sana y por lo tanto capaz de «abrirse camino en la prosa de la vida»), la generosidad es el deseo de supervivencia del ser de los otros. La virtud de la generosidad saca a la de la firmeza del egotismo en el que siempre amenaza con caer, y la abre hacia el altruismo. En cuatro palabras, hace de ella una verdadera *virtud* (y también una virtud *verdadera*).

Emilio Roger, esto es lo que propongo, considero y defiendo, que filosóficamente hablando creo poder afirmar que fue un vitalista; gran conocedor de la filosofía de Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche (maestros fundadores del vitalismo filosófico a juicio de Georg Simmel), fue un pensador que encontró en la vida el valor absoluto, la «realidad radical» a partir de la cual surgen o se desarrollan todas las demás, como diría José Ortega y Gasset. Y fue ese amor prosaico a la vida (o amor a la vida prosaica) el

que hizo de él un individuo firme y generoso, *atento* a lo que sucedía en el mundo y atento también a los que le rodeaban (atención esta última que ha de interpretarse en el sentido del cuidado heideggeriano – *Sorge*-).

Para finalizar esta modesta glosa, la atención en el primer sentido da pie a la introducción de otro de los aspectos de la persona de Emilio Roger que quisiera destacar: el del «intelectual comprometido», al modo como lo acuñó Jean-Paul Sartre.

Otro de los aspectos de la persona de Emilio que quisiera destacar es el intelectual o filosófico. En efecto, un individuo atento a lo que sucede es o al menos debería ser un individuo con capacidad de crítica de esas realidades que son objeto de su atención. «Morir con las botas puestas» no es otra cosa que morir atento, que estar vigilante ante lo que pasa hasta el último día, hasta el último momento, hasta la última bocanada de aire.

Desde luego no soy ni seré yo quien glose la importancia de la propuesta de Emilio Roger en el contexto de la filosofía española y europea de comienzos del siglo XXI. Sirvan solamente los dos hechos que a continuación relataré para glosar la importancia que a mi juicio habría de atribuírsele, al menos, en el contexto del departamento de Filosofía de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid.

En primer lugar, en el año 1996 Emilio fue doctorando del profesor Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, a mi juicio uno de los nombres propios de la filosofía española de finales del siglo XX, fundador del sistema conocido como «estromatología», al parecer de

los filósofos de la «escuela de Oviedo» un hijo bastardo del materialismo filosófico de Gustavo Bueno. Su tesis, *Edgar Morin, introducción al pensamiento complejo* (defendida en la Universidad de Valladolid en el citado año, ante un tribunal compuesto por figuras de la talla de Francisco Fernández Buey, el propio Edgar Morin, Ana Sánchez Torres, Eduardo Sánchez Gijón, y nuestro querido Javier Peña Echeverría), sirve como puente hacia el segundo hecho a destacar.

A partir de ese año de 1996, Emilio comenzó a colaborar de forma activa en la consolidación y la difusión del «pensamiento complejo», sistema multidisciplinar creado por el sociólogo y antropólogo francés Edgar Morin, «filósofo oficial» del pensamiento occidental (en la medida en que la UNESCO le encargó la redacción del libro, posteriormente convertido en proyecto institucional, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* en el año 1999). Un «pensamiento complejo» que durante cerca de veinte años se encargó de promover y enseñar a los alumnos y las alumnas de la Licenciatura y Grado en Filosofía de la Universidad de Valladolid, y por el que, a mi juicio, más deberá ser recordado.

Que el recuerdo de la persona de Emilio Roger, hombre firme, generoso y atento como ninguno, siga vivo y presente en el departamento, es misión de las generaciones de alumnos, alumnas, profesores y profesoras que lo componemos actualmente y lo compondrán en el futuro.

Carta de despedida al Doctor Emilio Roger Ciurana.

Querido Emilio:

Es difícil encontrar las palabras que me permitan enfrentarme a la hoja en blanco. Despedirse de una persona tan querida en un momento tan temprano es una tarea que nunca debería tener que llevarse a cabo. Es realmente complicado y doloroso escribir esta carta para decirte adiós.

Es enorme el espacio en blanco que se produce con tu marcha, con tu partida como amigo y como profesor.

Como amigo, es duro pensar en todos los cafés que nos quedaban por tomar, en las muchas conversaciones que nos faltaban por tener, en las innumerables carcajadas que aún teníamos que reír.

Con tu ausencia como profesor, se abre una herida difícil de cerrar. Me pregunto quién explicará ahora a Séneca, a Thomas Moro, a Montaigne... Quién hablará de autores que no son tan conocidos, pero que son tan importantes para la construcción de las ciencias sociales como Saint-Simon, Comte, o Durkheim. Quién confrontará dos obras como *Sobre la Libertad* y los *Manuscritos de Economía y Filosofía*. Y, sobre todo, me invade un sentimiento de pérdida, cuando pienso que ya nunca más volveré a oír tu voz apasionada

hablando a los alumnos de la filosofía de vida de Epicuro.

Pero, especialmente, tu ausencia como docente se transformará en una gran carencia: Friedrich Wilhelm Nietzsche. De todos los autores que he disfrutado a tu lado, Nietzsche, sin lugar a dudas, ocupa un lugar muy especial. Tú nos mostraste que, para entender a Nietzsche, hay que leer a Nietzsche. Y lo hicimos juntos. Leíste con nosotros los pasajes de Nietzsche que explicaban perfectamente sus conceptos más importantes: el eterno retorno, la transvaloración de los valores, la vida como obra de arte... Fue un curso mágico, un cuatrimestre en el que nos acompañaste en la aventura de la filosofía nietzscheana, y nos enseñaste a entenderla, a apreciarla, a valorarla y a disfrutarla. Además de ayudarnos a relacionarla con Goethe, Tolstói, Schopenhauer... Contigo reímos leyendo a Nietzsche hablar de la claridad ofensiva, o del trompetero moral de Säckingen.

Tu mayor lección, el aprendizaje más valioso que pudimos sacar de nuestras conversaciones, tanto en clase como fuera de ella, fue que la filosofía tiene que ser una disciplina de la vida. Sobre todo, a través de Epicuro y Nietzsche, nos demostraste que la filosofía ayuda al bien vivir (que no es lo mismo que vivir bien), al buen ánimo, a soportar el sufrimiento, a tener una existencia jovial. Y no solo fue tu mayor lección, sino que, en este arte de la jovialidad de la vida, fuiste ejemplo además de maestro. Siempre tenías una sonrisa, una broma, una palabra de aliento, una forma de filosofar sobre la vida que la hacía más soportable, más bella, más agradable.

Escribo esta carta para despedirme, y hablo de tus lecciones filosóficas, que son a la vez tus lecciones vitales, porque estoy seguro de que lo que más feliz te hace es comprobar que recuerdo tus enseñanzas como enseñanzas de vida, que sigo recorriendo la filosofía para la vida, y que cada vez que leo a Nietzsche, tengo la sensación de que mi amigo y profesor Emilio Roger está a mi lado disfrutando conmigo de la lectura.

Aquí me despido, amigo, siguiendo tu consejo, escuchado en tantas ocasiones: lo que puedas decir en diez páginas no lo digas en trescientas.

Y, como no se podía ser más ateo que tú, espero que estés descansando como en una de esas noches en las que no sueñas. Sin ánimo de ser religioso, sí he de decir que siempre serás eterno en nuestros corazones, siempre formarás parte de todos los alumnos que aprendimos junto a ti que la existencia puede ser divertida, animada, humorística, en una palabra, *jovial*... y que la verdadera filosofía ayuda a que así lo sea.

Gracias, por ser un lector inagotable, un docente entregado, un filósofo diferente, y un buen amigo.

Atentamente:

Javier Aliste Barrios.